

Antonio M. Fonte

La lluvia repiqueteaba en los cristales empañados del bar. Más allá de las ventanas las figuras se movían presurosas, los contornos desenfocados como negativos de fotografías, y se precipitaban dentro de tiendas y locales ya abarrotados, en espera de que el cielo se serenase y recuperase la sonrisa.

Un repentino chaparrón justo en mitad de un día despejado es un acontecimiento más bien improbable, pero en marzo, el mes más loco del año, todo resulta maravillosamente posible.

En un rincón del bar, en medio de un dédalo de mesas y sillas, de adolescentes histéricas, de camareras aburridas y de hombres de negocios frustrados, despuntaba una masa informe de pelos negros y rizados con mechas plateadas que se alargaban aquí y allá con excesiva rebeldía. Bajo la melena enredada asomaba la punta de una nariz prominente, rematada por un par de lentes torcidas.

El hombre estaba enfrascado en la hoja que tenía delante y no reparó en la presencia que rondaba a su alrededor nerviosamente.

—¿Le apetecería, por casualidad, otra, señor? —La voz de fastidio desmentía aquellas palabras amables.

El hombre no alzó la mirada, es más, dio la impresión de no oírla en absoluto.

—¿Señor? —La camarera, una mujer regordeta que masticaba un chicle al ritmo de la música sacudiendo una mandíbula de notables dimensiones, esperó unos instantes—. ¿Señor? —Ahora había

perdido la paciencia—. ¡Señor, el bar está lleno y usted se ha terminado su leche hace más de una hora! —insistió dando una patalleta.

Finalmente el hombre alzó los ojos y le mostró una expresión medio de sorpresa, medio hastiada.

—Apártese, por favor, me quita la luz.

A renglón seguido se volvió a enfrascar en lo que estaba haciendo.

La camarera, que no era mala, desencajó los ojos, preguntándose mortificada si aquel hombre estaba sordo, o si era estúpido, o quizá ambas cosas a la vez y, en un arranque compasivo, decidió dejarlo en paz un poco más y se alejó masticando.

Aliviado, el hombre daba las gracias a su buena estrella por haberle dado la posibilidad de poner punto final al manuscrito esa tarde. Llevaba retraso, naturalmente. Hubiera tenido que entregarlo a su agente hacía ya dos semanas. O tal vez cuatro, quién sabe. Pero había tenido un contratiempo. Justo el mes anterior una iguana había asomado del armario del dormitorio y había demolido todos los muebles de casa antes de precipitarse hacia el cuarto de baño, acurrucándose sobre la taza abierta y deslizándose conducto abajo junto con el resto.

Cuando se lo había contado, su agente —el pobre Leopoldo Saetta— no se había visto con ánimos ni de rechistar, al no contar con ningún argumento válido a su favor, y con paso resignado se había arrastrado fuera de la casa de aquel loco visionario que era Antonio Fonte.

En el ínterin habían pasado semanas, la iguana debía de encontrarse ya surcando quién sabe qué océanos, y así Antonio se había arremangado y había decidido terminar la novela. Rigurosamente a mano. Detestaba el ordenador casi tanto como éste lo depreciaba a él, y estaba convencido de que las máquinas de escribir, con su repiqueteo enervante, eran el motivo principal por el que la mayoría de los grandes escritores del siglo xx, en un momento dado de sus vidas, habían enloquecido.

Tenían que ser unas manos desconocidas las que pasaran a máquina sus novelas. Era una condición imprescindible. Pero Anto-

nio Fonte podía permitírsela, su nombre era una garantía para cualquier editor desde hacía más de quince años. No es que ello le importase de modo particular. Encontrar algo que despertase su interés era una empresa superior a la capacidad humana. A él le bastaba que su nombre estuviese bien escrito en la portada. *Antonio M. Fonte*, repetía a cada editor con el que se topaba, negándose puntualmente a explicar el por qué de esa molesta *M.*, ese obstáculo entre nombre y apellido y que la dedicatoria fuese incomprensible para cualquiera sobre la faz de la tierra, a excepción de la persona a la que estaba destinada. Persona que, por lo general, era su gata Calíope. Una siamesa irremediamente cegata.

Antonio hizo asaetear en torno a la sala sus profundos ojos negros de insecto que, pese a la edad, conservaban un destello infantil. Resopló: hasta ese momento no se había dado cuenta de que el local estaba tan abarrotado.

¡No había forma humana de encontrar paz! Ni siquiera los bares eran ya los refugios de antaño. En torno a él la gente daba gritos y la temperatura había alcanzado los grados suficientes para que se le perlase la frente de sudor. No podía seguir allí, y menos ahora que un cocker inglés había confundido su pierna con una perrita en celo contra la que restregarse, mientras a sus espaldas una muchacha deprimida de unos catorce años maldecía el estar viva.

La gente está enferma. Y si no lo está de cuerpo, lo está de la cabeza, se repitió por milésima vez Antonio, que prefería mantenerse alejado de la gente. *Mamá decía también que la locura es una enfermedad contagiosa*. Haciendo chasquear los dedos, Antonio garrapateó alguna nota a pie de página, levantó la resma de hojas, la golpeó contra la mesa, en sentido vertical y luego horizontal, alineó los bordes y repasó la última frase:

El tiempo estaba agotado.

Y como los zingaros de Derashkal habían andado errantes durante dos mil años, rompiendo una maldición tan antigua como la Tierra, a nadie de su estirpe le fue concedido ya el ver salir el sol.

No sonaba mal. Recordándose a sí mismo que la primera y la última frase de un libro valen como la mitad de la obra entera, Antonio se levantó bruscamente de la silla, la hizo caer al suelo y mandó literalmente la mesa por los aires, dándole de lleno en la espalda de un viejecito que del fuerte golpe escupió la dentadura dentro de su capuchino.

Inconsciente, como cada vez, de la tormenta que se había ocasionado, Antonio dejó cinco céntimos de propina a la camarera rezongona y desapareció por la puerta, dándose cuenta sólo en ese momento de que afuera diluviaba. Maldiciendo las locuras de marzo, recurrió al periódico para cubrirse el pelo y se lanzó a una jadeante persecución del autobús.

Para su gran fastidio, el bus iba lleno, más aún de lo normal. A diferencia de cualquier escritor digno de tal nombre, no atribuía ninguna importancia a las personas que tenía a su alrededor. Sus historias, sus frases, sus tics... no tenían nada de interesante. *Ellos* no eran nada interesantes, de lo contrario no habrían estado allí, aquella tarde, como todas las demás tardes, cansados, apretujados y sudorosos, las cabezas dobladas sobre los móviles de última generación, en espera de los partidos del domingo, de llenar la panza y de una cerveza fría en la mano, porque esto era realmente el máximo que podían pretender de sus vidas.

¿Qué podía importarle a él la vieja acurrucada en el asiento que se había santiguado cuando el C16 había pasado por delante de la iglesia de Santa Maria Apparente?

El suyo era un don totalmente casual: sin quererlo, captaba los detalles más imperceptibles. Las cosas casi invisibles le saltaban a la vista antes incluso que las más evidentes: los restos de cucurucho en la barba del energúmeno que tenía a su lado, el chorretón verde que manchaba el ojo derecho de la señora de delante de él, o bien los arañazos en las muñecas de una joven estudiante que se agarraba al pasamanos, sin duda la dueña de aquel insolente gato.

Estos detalles, Antonio lo sabía, eran fragmentos de historias. Y él no hacía nada con ellos.

Había elegido como única musa a la gata cegata Calíope, y la

inspiración la sacaba de los sueños, fuente inagotable de visiones e imágenes. Cada noche seguía un precioso ritual: tomar leche caliente, meterse un palillo en la boca, acariciar el mórbido pelo de Calíope. Luego se arrellanaba en el sillón con una llave en la mano, una vieja llave de hierro con un diente roto que no abría puerta alguna. Así Antonio se adormilaba. Ocurría con frecuencia que la llave se le resbalaba de los dedos entumecidos, en aquellos destellos de vida suspendida en los que el cerebro deja de dar órdenes al cuerpo y empieza a regodearse en las infinitas potencialidades ofrecidas por las conexiones sinápticas y por las reminiscencias latentes. La llave caía al piso, tintineando como un timbre, y Antonio se despertaba, dejando entreabierta la puerta al mundo de los sueños. Por aquella rendija, los oteaba. Así los sueños permanecían nítidos y, en contra de toda lógica, los sentidos los percibían como si fueran verdaderos. Podía escribir de ellos. Y lo que escribía funcionaba, desde siempre.

Desde siempre no, se acordó: había habido un momento...

Aunque había durado más de un momento.

Cuando tenía veintisiete años, demasiado tarde para matricularse en la universidad y demasiado poco agraciado para pescar a alguna vieja millonaria, había optado por sentarse en un tren y partir para tierras del norte. A fuerza de bajarse de un tren y subirse a otro había acabado en Natzwiller, un pueblecito alsaciano de unas seiscientas almas, tristemente conocido por el campo de concentración que se alzaba a un tiro de piedra de allí, el único construido en territorio francés. Su marcado sentido de lo macabro lo había llevado a establecerse allí y, no contento con su fúnebre instalación, había encontrado trabajo como maquillador de cadáveres. Durante ocho años había servido a la Muerte y cubierto de polvos las mejillas de los difuntos franceses. Mientras tanto se había casado, porque no tenía nada mejor que hacer y, al cabo de un par de años, se había divorciado, porque había descubierto que un matrimonio no puede sostenerse sobre una motivación tan débil.

Durante los ocho años pasados en el populoso y ameno Natzwiller, Antonio Fonte no había dejado de escribir. Lo hacía desde

que tenía memoria: no había sido una iluminación repentina, el hallazgo de un lunes por la tarde sumido en el aburrimiento. Un verdadero escritor, se repetía, no descubre lo que quiere ser: lo sabe ya, y lo sabe desde siempre. Pero Antonio Fonte no se había preocupado nunca de hacer leer a otros sus historias; las guardaba para sí como joyas demasiado preciosas para ser ostentadas en público.

Recordaba que de joven quería a las personas. Las observaba, las interrogaba de palabra y con la mirada, y escribía sobre ellas. Escribía por propia diversión y por una curiosidad infantil hacia el mundo que lo rodeaba.

Luego, tras el divorcio, desilusionado por la banalidad de la vida y por la sobrevaloración de la muerte, había regresado a Italia. Tenía treinta y cuatro años y había descubierto que no podía soportar a los seres humanos. Se había atrincherado entre las paredes de su vieja casa, a solas con Calíope y su fantasía, y se había puesto a escribir algo totalmente distinto, algo que no provenía del mundo exterior sino que era un producto en estado bruto de su mente. Únicamente entonces había decidido jugársela. Y así su nombre –Antonio M. Fonte– se había asentado en el olimpo de los *bestsellers* y allí se había quedado.

A la altura del Funicular central, saltó del autobús y se adentró en los laberínticos callejones de los Quartieri Spagnoli, pasando de la luz a la oscuridad, del aire cortante de los arriates regados a la humedad de los edificios. Dobló de nuevo hacia la derecha, avanzó expedito hasta la placita Rosario di Palazzo –donde una gran escritora portuguesa había vivido antes que él, más de doscientos años atrás– y desde allí llegó muy pronto al callejón Santa Teresella degli Spagnoli, evitando un aluvión de motos que se dispersaban bajo la lluvia en aquel pasaje angosto de edificios. Se detuvo ante el número 7.

Metió la llave en la cerradura, devorado por la sombra oscura que la vivienda proyectaba en todo el alrededor. Era una construcción vieja y mísera, la carcasa de un edificio que hasta en sus mejores tiempos debía de haber sido tristón. El interfono estaba

oculto bajo unos restos de plantas trepadoras y era tan diminuto que los nombres no estaban siquiera indicados íntegramente: cada inquilino tenía apuntadas sólo dos iniciales, una para el nombre y la otra para el apellido. La de Antonio exhibía orgulloosamente sus tres letras: A.M.F.

Antonio empujó la puerta chirriante espiado por las vecinas pegadas a las ventanas, pequeñas centinelas que estiraban sus largos cuellos, desproporcionados respecto a sus cuerpos flácidos. Tras entrar en el fosco zaguán, en el que rezumaban lluvia y descargas, se vio embestido por la figura tullida y transparente del portero, el señor Nicotiana, al que habría reconocido incluso en otra vida, debido a ese penetrante olor a café y tabaco que se le pegaba en el alma.

—¡*Las cartas*, señor Fonte! ¡*Las cartas*!

—Mi querido Goffredo, ¿qué pasa con las cartas?

—¡Que las hay por todas partes, por todas partes!

El señor Nicotiana se pudo a vocear, agitando los brazos como si estuviera naufragando en un mar de problemas. Y cuando Antonio dobló la esquina y vio lo que le atormentaba no pudo dejar de darle la razón.

Delante de la puerta de su casa había amontonada una montaña de sobres timbrados, de misivas urgentes, de paquetes medio destruidos y de hojas revoloteantes. Goffredo Nicotiana continuaba agitándose y parlotando, y Antonio tuvo que sostenerlo cuando resbaló con un manojo de cartas.

—¡Hace días que se las guardo aparte! Me dice que vendrá a recogerlas, pero cada mañana llegan otras nuevas. Mi cuartito, ¿quiere verlo? ¡Está hasta los topes! ¡A usted le importan un pito sus fans y a mí me importa un rábano usted! ¡Estoy harto! ¡Y mi mujer..., oh, es inútil que ponga esa cara, señor Fonte, pues lo sabe perfectamente! También mi mujer está hasta el moño: ha dicho que o desaparecen las cartas o desaparezco yo. ¡Y ahora yo le digo a usted, señor Fonte, que o desaparecen las cartas o se va usted!

No había tomado aliento, y se había quedado allí, con el ceño fruncido, los brazos contorsionados y la piel de un amenazador

color púrpura. Miraba fijamente a Antonio Fonte, que daba vueltas entre las cartas con el aire pasmado de quien ha olvidado retirar la ropa puesta a secar en un día de lluvia.

—Prefiero que desaparezcan las cartas —admitió al cabo de un poco.

—¡Menudo maula está hecho usted! —rezongó el portero, haciendo ademán de irse, pero se volvió de nuevo para levantar un índice intimidatorio—. Y cuando digo que desaparezcan, quiero decir *definitivamente*.

—¿Ni en la buard...?

—¡Definitivamente! —fue la última palabra del señor Nicotiana antes de darse media vuelta y alejarse a paso de marcha.

Antonio suspiró resignado. Pero cuando estuvo dentro del tugurio de su casa y hubo cerrado la puerta tras de sí procurando que la gata no se escapase una vez más, prefirió olvidarse enseguida de la desagradable historia. Y las cartas allí se quedaron.

Genève Poitier

Leopoldo Saetta era un homúnculo tosco y disparado, que olía a ropa recién lavada y a colonia, una de esas personas que tienen la pasión de mirar el reloj a una cadencia regular de cinco minutos y cuyos cabellos le habían caído uno a uno antes incluso de platearse. Tenía tres móviles y su superpoder era el don de la ubicuidad: estaba en condiciones de citarse dos veces en el mismo horario y en dos puntos distantes de la ciudad, y lograba estar presente en ambos. O al menos eso le gustaba creer a Antonio. Su jornada no tenía tiempos muertos, su agenda no conocía espacios en blanco. Y desde que había conocido a Antonio Fonte su vida estaba doblemente comprometida: a menudo debía hacerle de padre a ese escritor lunático que ponía la ropa a secar en el microondas y luego se preguntaba por qué se había prendido fuego a media cocina.

Aquella tarde de primeros de marzo, siete minutos y veinte segundos después de haber recibido la llamada telefónica de Antonio, Leopoldo Saetta ya tenía entre sus manos la taza de té preparada por el escritor, que sabía en realidad a una mezcla de agua, azúcar y palomitas quemadas.

–Tendrán que darse prisa para picar el texto de la novela, hemos rebasado el plazo.

–Sólo un mes de retraso –dijo Antonio que parecía orgulloso de sí, mientras acariciaba a Calíope.

–Estás mejorando –confirmó Leo, lanzando una fulminante mirada al reloj de cucú. Quién sabe por qué estaba colgado en la

puerta del cuarto de baño-. ¿Podría..., puedo echar una ojeada rápida a la novela?

-¿Quiere ello decir que deberás quedarte aquí? -preguntó Antonio.

-Me puedo ir a tu estudio. No te molestaré...

-Al estudio no. Está cerrado y no es mío -replicó Antonio con dureza, tanto que Leo se estremeció. El escritor buscó una forma de salir del paso-. Ese reloj de cucú es un gran embustero, a cada minuto que pasa retrocede dos. Es ya tarde.

-Claro, claro-. Leo comprendió la indirecta mientras sorbía no sin esfuerzo la inmundicia bebida-. ¿Estás seguro de haber puesto té aquí dentro? -preguntó dubitativo.

Antonio se levantó del sofá, le quitó la taza y la arrojó al fregadero.

-¿Quién ha dicho que era té?

-Ah, precisamente. -Leo hizo una pausa, sin saber si cambiar de tema de conversación. Luego se decidió- Por lo que se refiere a las entrevistas, la gira promocional, las presentaciones...

Antonio no hizo nada por disimular una mueca de repugnancia y lo interrumpió antes de que pudiese salir con alguna que otra idea estrambótica.

-Me conoces desde hace años y sabes que sufro de dislexia emotiva. No puedo hablar en público. La idea de que un escritor deba explicar los libros que escribe no tiene el menor sentido, es un insulto a nuestro trabajo. ¿No te das cuenta?

Leo le mostró otra sonrisa afilada que hizo desaparecer en el espacio de un segundo, antes de devolver el manuscrito a la impecable maletita de cuero con las iniciales grabadas en la parte inferior izquierda. Miró el reloj, dando unos golpecitos en la esfera.

-Apuesto a que es tarde -pronosticó Antonio acompañándolo hasta la puerta.

-Es siempre tarde. Un océano de oro no puede comprar una gota de tiempo -declaró Leo, arreglándose la corbata carmesí con el aire de un hombre de negocios que se conoce el paño.

–Por favor, no olvidéis la dedicatoria. Si no fuese por Calíope no escribiría nada –explicó Antonio muy serio–. Es importante para mí. Y el nombre: también éste es importante.

–Antonio M. Fonte, claro.

–¿Sabías que en el budismo himalayano y en Etiopía cada hombre elige su propio nombre iniciático y nadie, aparte de él, tendrá conocimiento de ese nombre? Le sirve para dirigirse a los interlocutores sobrenaturales.

–Me parece muy sabio.

–Los iroqueses, en cambio, custodian los nombres propios en listas específicas, una para cada clan. Dos personas no pueden simultáneamente llevar el mismo nombre: por eso hay *guardianes de los nombres*. Y están convencidos también de que el nombre de una persona puede causarles la muerte, mientras que recordarlo la hará volver a la vida.

–Siempre es un placer venir a verte –comentó Leo extasiado–. Se aprenden un montón de cosas inútiles que no le importan un carajo a nadie.

No advirtió la risa sarcástica de Antonio mientras se dirigía a la salida, luego lo dejó con Calíope y con una promesa: volvería a llamarlo para informarle sobre el manuscrito.

–¡Ah, Antonio! –Leo se apresuró a bloquear la puerta con la punta del pie, embutido en un mocasín color caoba–. No te olvides de que el lunes cenamos juntos: es tu cumpleaños.

Antonio alzó la vista al techo, pensativo.

–¿Cuarenta y dos?

–Cincuenta –precisó Leo con un mohín.

–Exacto.

Sin añadir nada más, Antonio dio un portazo soltando un suspiro de alivio.

No se lo podía creer. Ninguna camarera rezongona, ningún portero histérico, ningún agente estresado y estresante.

Se dejó caer en el sillón, ignorando la presión de los muelles rotos en el respaldo, y se enfrascó en la lectura de la enciclopedia. Había llegado a la letra D y había necesitado diez segundos para

darse cuenta de que el efecto Doppler no era algo para él. Hicieron falta otros cinco para que diera la vuelta a la página, aburrido.

Estaba demasiado cansado para dedicarse a las cosas que más le gustaban, como aprender a escribir de derecha a izquierda o pasarse una noche delante del flipper relegado a un rincón de la casa. Por un instante sopesó si llamaba a Maia, una chica de incierta edad que vivía en el edificio de enfrente y con la que pasaba de vez en cuando un poco de tiempo, pero luego cayó en la cuenta de que no estaba seguro de si se llamaba Maia o Maria... ¿O bien era Sonia?

Nadie te obliga a llamarla por el nombre, se dijo, levantándose para coger el teléfono.

Oyó uno, dos, tres tonos y luego pulsó el contestador automático. Al menos le sirvió para descubrir que se llamaba Lucrezia.

Pero vaya nombrecito, ¿no?

Mientras volvía a colgar el auricular, embargado de una sensación de vacío, arregló las fotos dispersas sobre la cómoda. En una se veía a sus padres de jóvenes. Antonio era el vivo retrato de su padre, mientras que su madre le había dejado en herencia sólo un hoyuelo en la barbilla, la miopía y alguna manta cosida a ganchillo. Otra foto, vuelta del revés, mostraba a esa cacatúa de su mujer, Marguerite, una bibliotecaria francesa para quien conocer y casarse con Antonio había sido como pisar una caca de perro en un día de lluvia. Antonio conservaba su foto para los momentos en que le parecía tocar fondo, para recordar que lo peor *debía* de haber pasado ya. Pero la imagen más hermosa, sin duda, era la de una Calíope más bien pequeña aún, que lo miraba con sus ojos de jade. Dos ojos que habían tomado caminos distintos cuando la gatita, a causa del maldito vicio de escaparse de casa, se había enzarzado en medio de la calle con una paloma que sabía defenderse. Desde entonces, Antonio había adquirido la costumbre de llevarla de paseo con su trailla, porque no le parecía justo ahogar un instinto tan vigoroso. Y, además, no había nada más satisfactorio que ver las miradas de asombro de la gente posarse sobre él y sobre su extraordinaria gata de paseo.

Antonio recordaba haber hecho la foto el día mismo en que había recibido a Calíope como regalo para sus treinta y seis años. Se quedó un instante pasmado frente a ese último pensamiento, como si no le perteneciera o hubiera sido incluido por un extraño. Pero ¿no la había encontrado por la calle cerca de un vagabundo? ¿No la había salvado de una gélida noche invernal?

Antonio cogió la foto y la observó atentamente.

–Pero ¿de dónde diablos sales tú? –preguntó a la vieja gata, que ronroneaba a sus pies como una perfecta pelotillera, intentando llamar la atención sobre el plato vacío.

En vista de que su amo la ignoraba, Calíope dio dos saltos que la llevaron del suelo a la silla y de la silla a la cómoda. Antonio estaba demasiado dominado por sus preocupaciones para reparar en ella. Sintiendo aún desatendida, la gata levantó una pata y le arañó la mano. Antonio se estremeció, dejando caer el portarretratos al suelo.

–¡Maldita sea, Calíope! –espetó, empujando a la gata abajo de la cómoda–, ¡si vuelves a intentarlo te juro que te saco el otro ojo!

Corrió a limpiarse con agua la mano herida, cada vez más irritado. ¿Por qué no respondía Maia?

Lucrezia, se llama Lucrezia. Vaya nombrecito. Habría podido pasar a verle, tal vez a cenar con él, pasar la noche allí, para hacerse precisamente compañía.

Siempre quedará Calíope, se consoló.

–¡Estúpida gata! –estalló furioso cuando volvió al salón y la encontró dando vueltas entre los añicos de cristal–. ¡Así te harás daño! –añadió, poniéndola en fuga con una patadita.

Se dio prisa por limpiar y cogió a la gata para ponerla aparte. No fue hasta dejarla caer sobre la cómoda cuando se dio cuenta de la hoja que se había deslizado al suelo. Más bien inseguro sobre qué esperarse, se inclinó sobre el suelo y la recogió. Era un retrato.

Habría sido difícil para Antonio Fonte, indiferente a las dinámicas del universo, conseguir admitir lo que sintió cuando sus ojos oscuros como la noche vieron los ojos de aquella muchacha.

Algo en su pecho se desagarró.

De haber podido contárselo a alguien, lo habría contado precisamente así.

Antonio reconocía que era excéntrico y distraído. Perdía cosas y se caía de continuo, era torpe y negado para la tecnología, tenía varias cuestiones irresueltas con el peine y no cabía duda de que no sabía vestirse. Pero si había algo de lo que se sentía orgullosamente seguro era de que las caras se le quedaban grabadas. Y esa cara no la había visto nunca. El retrato era de un realismo impresionante. Estaba hecho al carboncillo, en blanco y negro, pero los cabellos habían sido coloreados de verde.

A juzgar por la expresión, la muchacha no parecía en absoluto feliz. Antonio lo dedujo por los surcos de debajo de los ojos y las líneas juntas del entrecejo. Las personas felices no tienen el ceño fruncido, se dijo. Las personas felices duermen apaciblemente.

Al cabo de algunos instantes, movido por un instinto inexplicable, volvió del revés el retrato. Había algo escrito.

Junio de 1999

Tirnaíl es el Reino de las Cosas Perdidas.

*No dejes que también yo acabe allí. Acuérdate de mí,
acuérdate de la Noche de los Cristales.*

Con todo mi amor, Genève Poitier

Antonio leyó y releyó la frase y los nombres: *Tirnaíl, Genève Poitier. Tirnaíl. Genève Poitier.* No tenía la más remota idea de qué significaban, ni quién era esa mujer misteriosa, pero notó una desgarradora sensación de añoranza. Como cuando uno se da cuenta demasiado tarde de no haber dado el debido adiós a alguien que se quiere.

Sólo el crescendo de un insolente maullido logró despertarlo de su estado de trance: con los modales vengativos de una verdadera señora, Calíope le había dejado en un zapato un desagradable recuerdo.